

La mimesis conversacional: diálogos e intercambios epistolares entre don Quijote y Sancho Panza

Maria Augusta da Costa Vieira
Universidade de São Paulo

“La discreción en el hablar
importa más que la elocuencia”

Con esta afirmación, extraída del aforismo 148 del *Oráculo manual y arte de prudencia*, Baltasar Gracián concluye su reflexión sobre “el arte de conversar”, considerando que “en ningún ejercicio humano se requiere más la atención, por ser el más ordinario del vivir”. Para Gracián, la conversación se entendía como un arte que exigía una observación estricta de la situación y de las condiciones del momento y, sobre todo, la observación con cierta malicia diligente del interlocutor, para evaluarlo en detalle con la perspectiva de escudriñar sus más recónditas intenciones (Burke 1995: 120).

Esta idea parte del principio de que la expresión nunca coincide con la intención y, por tanto, lo dicho se basa muchas veces en artificios disimuladores (Accetto 205). Considerando que la visión de Gracián tiene como perspectiva el ambiente cortesano de mediados del siglo XVII —un escenario repleto de tramoyas e intereses— el autor de *Oráculo manual* presenta algunos de los posibles recorridos acerca de cómo conducirse en la vida cortesana, o más precisamente, como dice Sagrario López, “cómo manejarse en un mundo de juego de poderes de donde el avisado ha de salir indemne” (López 2003: 60). En el marco de estas circunstancias, Gracián ofrece a su lector una serie de consejos que guardan un escepticismo en relación con los hombres y el mundo, desde una visión negativa de la sociabilidad, tal y como lo analiza Neumeister (2013).

Sin embargo, en otros momentos la conversación se entendía de una forma más ligera y envolvente, incluyendo diferentes contextos y diversos estamentos, y podía traducirse como una forma de entretenimiento que, junto con veladas, fiestas, representaciones teatrales, banquetes y otros tipos de recreación, eran parte de lo que hoy denominamos formas de sociabilidad: un concepto que aún no existía en tiempos de Cervantes, aunque las prácticas a este relacionadas estaban plenamente vigentes en la España áurea, funcionando como manifestaciones de un “ocio colectivo, entre público y privado”, como bien lo explica Albert (2006: 8).

Este ambiente, en el que se asiste a un cierto desbordamiento de las relaciones y de la vida en sociedad, lo señala Margit Frenk al referirse en particular a la expansión de la literatura y a las múltiples formas de entretenimiento realizadas especialmente en Madrid, que contaban con la participación activa de los sectores populares desde 1570, 1580, involucrando a los diferentes estamentos, es decir, ricos, pobres y medianos (1997).

Cabe observar que precisamente en 1605, además de la primera parte del *Quijote* considerada como un libro de entretenimiento, se publicaron el *Libro de entretenimiento de la pícaro Justina*, de Francisco de Úbeda y *Diálogos de apacible entretenimiento*, de autoría algo dudosa de Gaspar Lucas Hidalgo, subrayando en sus propios títulos la importancia que atribuye al ocio y la diversión estructurados a partir de la conversación y el lenguaje. Aunque la zona de imaginación de estos textos se concentre en el campo del entretenimiento, es importante tener en cuenta, como aclara el autor de los *Diálogos* en su prólogo, que “la materia es de pasatiempo, mas no por eso debe ser juzgada por inútil” dado que “importan tanto las burlas como las veras” (2010: 77-8). Es decir, su diálogo es risible y al mismo tiempo serio, y ambos están al servicio del entretenimiento que se procesa mediante la conversación.

Al referirme a la mimesis conversacional, no busco una reflexión igualmente importante sobre la presencia de la voz o la vocalización —como prefiere Gustavo Illades (2016)— en textos escritos. O, en otras palabras, de la inserción de la oralidad en la ficción. Lo que procuro en este momento va en otro sentido, esto es, la identificación de estrategias creadas para la producción de determinados efectos y sentidos a partir de la conversación establecida entre don Quijote y Sancho.

Para Ana Vian (1988), la composición de una conversación ficcional debe ofrecer la ilusión de un diálogo acontecido, cuidando la estilización del lenguaje, la elección criteriosa del léxico con el fin de establecer un tono de familiaridad, intimidad, distensión y emotividad entre los interlocutores.

Además de las cuestiones técnicas, propias de la composición de la mimesis conversacional, es igualmente importante considerar la serie de tratados de los siglos XVI y XVII que prescribían y regulaban formas de conducirse en la vida social, siendo la conversación un tema de gran importancia. Entre ellos, los tratados de Castiglione, della Casa, Gracián Dantisco, Damasio de Frías, Esteban Guazzo y Baltazar Gracián. Es interesante observar que en estos tratados no solo era importante el habla, sino también el lenguaje manifestado a través de la conducta, los gestos, las miradas. Es decir, la práctica de la conversación suponía una intensa convivencia social que podía incluso mezclar estratos sociales en un mismo espacio, habida cuenta que la racionalidad de la sociedad cortesana suponía una confluencia de

diferentes estratos conviviendo en un espacio restringido, de modo que una “mayor separación social” correspondía también a una “mayor proximidad espacial” (Chartier 2000).

En este escenario, la conversación favorece el desarrollo de dos competencias esenciales: la capacidad de observarse unos a otros y la de observarse a uno mismo, como subraya Gracián en su *Oráculo manual*. No por casualidad, muchas de los relatos de la época, como las novelas breves del siglo XVII, escenifican espacios de interlocución de los que brotan relatos que van a entretener las tardes y harán las noches más placenteras de un grupo de personajes reunidos al efecto (Álvares-Osorio 1999).

En el capítulo 20 de la primera parte, es decir, el lector encuentra un momento especial en el que observa la composición de un extenso diálogo entre el caballero y el escudero que se ven obligados a pasar el tiempo en el transcurso de la noche. El capítulo se divide en dos partes: la primera, donde prevalece la oscuridad nocturna, sustentada en una atmósfera tenebrosa, mientras que la segunda cuenta con la luminosidad del día que tiene la propiedad de esclarecer el enigma y, más que eso, arrojar luz sobre las relaciones de poder entre ambos personajes. En la primera parte del capítulo, don Quijote y Sancho están dominados por el universo de las sensaciones (auditivas, visuales y gustativas), ya sea por exceso o por ausencia, y también por las emociones regidas por el miedo, mientras que en la segunda parte del capítulo predominan la razón y los cuestionamientos derivados de la posición de cada uno en la relación amo y escudero.

En la primera parte, la enorme sed y la densa oscuridad no permiten a los personajes saciar su sensación gustativa y visual, sin embargo, la sensación auditiva, sometida a la marcada y rítmica presencia de unos “golpes a compás” acompañados por el estrépito del agua, va socavando la seguridad de ambos. Víctima de tan espantoso espacio, el caballero apela al modelo de los libros de caballerías para encontrar en sí mismo el eco de las historias que ha leído. El heroísmo de su proyecto —enfrentar el ruido aturdidor— oculta sus miedos y, si alguien tiene miedo, según el caballero, ese alguien es Sancho.

Oponiéndose a todo y cualquier principio elevado, Sancho intenta cambiar las decisiones de su amo porque el miedo lo inmoviliza, y aún más insoportable será enfrentar solo ese espacio tenebroso. Sancho chantajea, involucra a la familia y mezcla lágrimas con palabras de las Sagradas Escrituras sin molestarse en ocultar el pavor que siente. Recurriendo a todos los argumentos posibles, el escudero añade: “Ahora es de noche; aquí no nos ve nadie: bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, [...] y pues no hay quien nos vea, menos

habrá quien nos note de cobardes” (II, 20, 209)¹. Esta intervención de Sancho, que será retomada enseguida y con un sentido ligeramente diferente por don Quijote, destaca la idea de que ambos se encuentran en un espacio privado y, por tanto, libre de críticas, lo que permite que surjan cuestiones de carácter más íntimo que hasta entonces no habían aflorado. Es como si estuvieran detrás de las bambalinas de la vida o en el ámbito de la historia —un ambiente más que propicio para la imitación de una conversación— y no como si estuvieran actuando en el campo de la ficción o en el mundo de la caballería andante. O, dicho de otro modo, es como si lo ocurrido en ese momento se situara en un intervalo de las aventuras de don Quijote y se circunscribiera a lo que podría denominarse ámbito doméstico o familiar.

Por medio de un artificio inmovilizador de su amo, que es atar las patas de Rocinante, Sancho lo obliga a esperar la llegada del alba. El escudero en el suelo y “abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar del un dedo”, trata de entretener el tiempo con un “cuento de nunca acabar” sobre los desencuentros amorosos entre Torralba y Lope Ruiz. El que está abajo desde un punto de vista espacial y jerárquico domina la escena, mientras que el amo, inerte y en lo alto de su caballo, se somete a los designios de su escudero, invirtiendo irónicamente las posiciones entre ellos. Al mismo tiempo, la forma de narrar de Sancho parece seguir lo contrario de lo que recomienda Gracián Dantisco en su tratado sobre las diversas formas de conducir una conversación y, en particular, sobre la importancia de no provocar en el interlocutor ningún tipo de “mal olor”, algo que el escudero no puede controlar, produciéndose una escena escatológica tras la conclusión de su relato: un cuento que no tiene fin. El resultado de esta experiencia nocturna es producir un hito importante en la inversión de poder entre amo/escudero, de modo que Sancho domina la escena y don Quijote, inmovilizado, tiene que someterse a una situación degradante que configura lo grotesco de su condición.

Con la llegada del día, el tono familiar y emotivo se intensifica y la conversación se desarrolla de forma que se centra, en particular, en la relación entre ambos. Con respecto a don Quijote, el narrador dice: “pasmose de arriba abajo”, daba “muestras de estar corrido”, “se enojó”; y sobre Sancho: con “la boca llena de risa”, “apretarse las hijadas con los puños por no reventar riendo” (I, 20, 219). El escudero, no solo parodia el heroico discurso del amo del principio del capítulo, sino que se aventura a indagar sobre la relación entre trabajo y salario respecto de quienes servían a los caballeros andantes, turbando una vez más la posición jerárquica entre ambos. No hay aventuras en el episodio, no hay encantadores ni testigos que

¹ Las citas del *Quijote* parten de la edición dirigida por F. Rico y se indica, entre paréntesis, la parte de la obra, el capítulo y la página.

puedan relatar lo sucedido, sin embargo, la conversación se profundiza en el ámbito doméstico y toca en temas hasta ahora inusitados. Tanto es así que, retomando lo dicho por Sancho, don Quijote le exige que se comprometa a que todo lo ocurrido entre ellos no sea algo “digno de contarse” (I, 20, 220). Además, Sancho tuvo un logro político cuando se vio capaz de engañar a su amo empleando sus propios artificios. Por otro lado, el caballero descarta todo vínculo laboral en la relación amo/siervo y, como forma de afianzar su posición, apela al supuesto ámbito incuestionable del honor y la jerarquía familiar: “después de a los padres, a los amos se ha de respetar como si lo fuesen” (I, 20, 222).

En el capítulo 28 de la segunda parte sucede algo muy similar: un diálogo entre ambos personajes restringido a lo que podría considerarse perteneciente al ámbito familiar, con mínimas interferencias del narrador y el desarrollo de una discusión en torno a la relación entre ambos. Sin embargo, ahora las posiciones se invierten: quien domina la escena —centrada también en la relación de poder— es el caballero. Todo transcurre tras el famoso rebusno de Sancho y la presunta huida de don Quijote que actúa en relación con el escudero de modo ejemplar, dentro de lo que preveían los códigos de conducta en cuanto a una actitud legítimamente discreta. Es decir, el caballero hace un cálculo estratégico para controlar la escena y las quejas de quien dice haber sido lastimado por los golpes de la gente del pueblo. Las emociones emergen por el lado de Sancho, mientras que el caballero se mueve resueltamente en el campo de la racionalidad.

Decepcionado con su amo por considerar que lo había abandonado tras ser apaleado por uno de los miembros del escuadrón de rebusnadores, Sancho amenaza con dejarlo y volver con su mujer e hijos, y conformarse con su modesta vida de siempre. don Quijote, recurriendo al vocativo “hijo mío”, consiente sin restricción alguna: “[..] si tanto deseáis volveros a vuestra casa con vuestra mujer y hijos, no permita Dios que yo os lo impida: dineros tenéis míos; mirad cuánto ha que esta tercera vez salimos de nuestro pueblo, y mirad lo que podéis y debéis ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano.” (II, 28, 864) Sancho hace cálculos absurdos sobre cuánto debe recibir, mientras don Quijote accede a sus exigencias, hasta el momento en que Sancho, conmovido, reconsidera su decisión, pidiendo disculpas.

Al igual que en el capítulo 20 de la primera parte, en el capítulo 28 de la segunda la conversación se desarrolla en el ámbito doméstico, en el que también entran en escena las relaciones de poder, que involucran salarios, beneficios, jerarquía, afectos, emociones y deseos individuales. Si Sancho sale victorioso en el capítulo 20, en el 28 es el turno de don Quijote que, impertérrito, enfrenta a la audacia del escudero. Es interesante notar que, en estos dos momentos, como en otros, es como si el lector fuera conducido al campo de la verdad histórica,

en el que lo que cuenta son las relaciones efectivas, alejadas, por tanto, de las veleidades caballerescas de don Quijote, produciendo así un efecto de verosimilitud construido a partir de la mimesis conversacional. A partir de estas escenas, el lector tiene la posibilidad de visualizar las conversaciones privadas como si fueran el resultado de una improvisación expresiva acontecida entre bambalinas, en las que se esboza una disputa política entre amo y escudero, ocultando así los efectivos artificios de composición que la propia narración contiene.

Este efecto de verosimilitud, que parte de la mimesis conversacional, interviene también en la correspondencia epistolar que se produce cuando don Quijote está en el palacio de los duques mientras que el escudero actúa como gobernador en Barataria. Las cartas expresan inquietudes resultantes de diferentes y adversas situaciones que ambos enfrentan y en ellas se destaca un tono de complicidad y confianza, como si esta conversación privada constituyera un momento de distensión en medio de las muchas tensiones vividas por cada uno en sus respectivos lugares. Al igual que en los diálogos, el tono coloquial de las cartas aparenta un lenguaje despojado, cuando en realidad es una expresión decorosa de lo que se pretende demostrar. Como dice Erasmo, “El estilo epistolar debe ser sencillo e incluso un poco descuidado, en el sentido de un descuido estudiado” (2005: 112). O, como afirma Justo Lipsio, el estilo debe ser “sencillo, sin cuidados, natural, lo más semejante a la conversación diaria” (2005: 144-5).

En las cartas de don Quijote dirigidas a Sancho se reafirma siempre su dedicación a la formación educativa del escudero rumbo a la discreción, además de instruirlo pragmáticamente sobre su actuación política, subrayando la importancia de seguir determinados códigos de conducta en su gobierno. En la última carta dirigida a Sancho, en el capítulo 51, don Quijote lo trata como a un amigo y lo felicita por su actuación: “Cuando esperaba oír nuevas de tus descuidos e impertinencias, Sancho amigo, las oí de tus discreciones, de que di por ello gracias particulares al cielo, [...]” (II, 51, 1048) Y luego, después de numerosos consejos sobre su actuación en Barataria, el caballero habla de sí mismo y también le confía algunas de sus inquietudes sobre su relación con los duques. En un momento de destacada complicidad, don Quijote reemplaza los lugares jerárquicos entre él y su escudero por una franca y afectuosa amistad.

Quizás esta solución cervantina, es decir, esta relación tan vívida que se rescata de innumerables momentos en los que se compone la mimesis conversacional entre caballero y escudero, tenga algo que ver con lo que Close (2006) identifica como el proceso de humanización que atraviesan los personajes cervantinos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALBERT, Mechthild (2013): “Sociabilidad: el término y el fenómeno” en M. Albert (org.), *Sociabilidad y literatura en el Siglo de Oro*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, pp. 7-18.
- ÁLVARES-OSORIO, A. (1999): “La discreción del cortesano” en *Edad de oro*, 18, pp. 9-45.
- BURKE, P. (1995): *A arte da conversação*. Trad. A. L. Hattnher. São Paulo: Editora da Universidade Estadual Paulista.
- CERVANTES, Miguel de (1998): *Don Quijote de la Mancha*. Ed. Francisco Rico. Barcelona: Instituto Cervantes/Crítica.
- CHARTIER, R. (2000): “Prudencia, disimulación y sociedad de corte”, en *Entre poder y placer: cultura escrita y literatura en la Edad Moderna*. Trad. Alejandro Pescador. Madrid: Cátedra, pp. 163-178.
- CLOSE, A. (2006): “La dicotomía burlas/veras como principio estructurante de las novelas cómicas del siglo de oro” en Ignacio Arellano Ayuso, Victoriano Roncero López (org.), *Demócrito Áureo — Los Códigos de la Risa en el Siglo de Oro*. Sevilla: Ed. Renacimiento, pp. 113-142.
- ERASMO DE ROTTERDAM (2006): “Brevíssima e muito resumida fórmula de elaboração epistolar” en Emerson Tin (org.), *A arte de escrever cartas*. Campinas: Editora da Unicamp, pp. 111-128.
- FRENK, Margit (1997): *Entre la voz y el silencio. La lectura en tiempos de Cervantes*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantino.
- GRACIÁN, B. (2001): *Obras completas*. Madrid: Espasa Calpe, p. 253.
- HIDALGO, Gaspar Lucas (2010): *Diálogos de apacible entretenimiento*. Ed. Julio Alonso Asenjo y Madroñal, Abrahan. Valencia: Publicacions de la Universitat de València, p. 77-8
- ILLADES, Gustavo (2016): “La poética deseada por Cervantes o el arte de la voz en el Quijote” en *Criticón*, 128, pp. 23-36.
- LIPSIO, Justo (2006): “A arte de escrever cartas de Justo Lipsio” en Emerson Tin (org.), *A arte de escrever cartas*. Campinas: Editora da Unicamp, pp. 129-165.
- LÓPEZ POZA, Sagrario (2001): “Sobre el género y las fuentes del ‘Oráculo manual’” en A. Egido, M. C. Marín, L. Sánchez Laílla (eds.), *Actas II Congreso Internacional “Baltasar Gracián en sus obras”*. Zaragoza/Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses-Institución Fernando el Católico/Gobierno de Aragón, pp. 53-79.
- NEUMEISTER, S. (2013): “Sociabilidad negativa en Gracián” en M. Albert (org.), *Sociabilidad y literatura en el Siglo de Oro*. Madrid/Frankfurt am Main: Iberoamericana/Vervuert, pp. 57-71.
- TORRES, Sebastián (2005): “Estudio preliminar. Di/simulación: los pliegues de la subjetividad a comienzos de la modernidad”, en *La disimulación honesta*. Buenos Aires: El cuenco de Plata, pp. 9-73.
- VIAN HERRERO, Ana (1988): “La ficción conversacional en el diálogo renacentista” en *Edad de Oro*, vol. 7, pp. 173-186.